

recapaciten en que, hombres de Estado, su función es civil; en cuyo caso, lo más cuerdo, ¿para qué andarse con paños calientes?, sería hacer que la ley se cumpliera y Cristo con todos.

LA OLA

Para quienes disponen de cómodo carruaje, confortable vivienda y manjares sabrosos y suculentos, esos cambios bruscos de temperatura, esas llamadas *olas de frío* que llegan en plena primavera á azotar los campos en flor, no son sino ligeras contradicciones que en poco ó en nada afectan al bienestar cotidiano.—¡Hielo!—dice una mañana el ayuda de cámara.—Y el poderoso, contrariado, se arrebujá nuevamente en sus pieles, ordena poner la chimenea al rojo, y, después de consultar el termómetro, exclama.

—¡Qué lástima! ¡Yo que pensaba pasar el día en el campo con Niní!

Para él el campo es eso: el escenario de las incomparables gracias de Niní. El sendero por donde los caballos galopan, sintiendo como Ruskin perfumarse las ideas risueñas; la ancha franja polvorienta ó húmeda, por donde se desliza con ligeras sa-

cuidadas el automóvil ó el *familiar* empavesado de quitasoles blancos y rosáceos. A lo sumo es el monte poblado de trinos, henchidos de sacudimientos palpitantes, sembrados de escondrijos rumorosos, impregnado de aromas, en donde se acecha la tierna presa que rueda envuelta en humo. Pero jamás es la pena condensada, el sudor que verdea, la fatiga que se traduce en flores, la angustia que se dilata en tallos.

Para el labrador es la *ola de frío* algo así como un tremendo fracaso, una caída inmensa é irremediable, desde las cimas del consuelo. Se ha espesado la verde ladera como un regio tapiz oriental. El campesino reconoce á través de su espesa y húmeda urdimbre el sitio en que hubo que desuncir al buey fatigado, el surco en que le fué preciso roturar á mano y golpes de pico la tierra endurecida, el lugar en que pudo entregarse á un agitado y ardiente sesteo, la rinconada que hubo que abonar, la curva en que vinieron los pequeñuelos á dar con sus manitas tan pequeñas y ya callosas, un trocito de pan moreno á la mansa y pacífica mula.

Todo aquello verdea; pero con el verde amarillo que, simbolizando esperanzas, seméjase al oro. Todo brota y germina y estalla en fecundidades espléndidas. Este año

se pagará la renta y el estipendio, el impuesto y la usura, el seguro y la iguala. Y después la mujer tendrá su pequeño desván con tocino y legumbres, y la hija estrenará su delantal con volantes plegados y su pañuelo nitido como ala de cisne, para lucirlo en la romería, y el hijo allegará para su equipo de soldado y el pobre viejo que ya tartajea, tendrá un vaso de vino confortante cuando al regresar de la futura siembra sienta que las fuerzas le faltan.

Allá, en el diminuto cercado ó al espaldar del granero, se levantan los árboles copudos que han de transformar el acre jugo de la tierra en néctar dulcísimo. ¡Cómo están de flores! Hogaño habrá que sostener con horquillas, alambres y artificios las ramas, rendidas al peso del fruto, como una odalisca al de sus joyas. Debajo de aquel hermoso cerezo se pondrá la cuna del chiquitín, y sobre sus albos ropajes y sobre sus carnes sonrosadas y tibias caerán las cerezas encarnadas, redondas, jugosas, henchidas de mieles como blandos y frescos granates. A la sombra del manzano, que parece él solo un bosquecillo nevado de pétalos, picotearán las gallinas redondas, precedidas de sus polluelos, que huirán asustados al ruido de las desprendidas reinetas. La Naturaleza aparece pródiga, y esta vez

todo presenta en ella augurios de bienestar, abundancia, dicha y renovación.

Y he aquí que se presenta la ola de frío. Al amanecer, un ruido formidable hace abandonar el lecho á la pequeña tribu. Es el granizo, el terrible granizo quien dobla los tallos y desgaja las ramas, y siembra de pétalos aquel suelo, hecho para engendrar y también para devorar á su presa. ¡Ah, las flores todas, todas van deshaciéndose como blancas promesas incumplidas, todas caen en lánguido desmayado revuelo sobre el césped dos veces nevado. Luego viene la lluvia, ó el hielo, ó el torrente. Detrás la miseria. Nada hay ya que esperar. Todo se ha perdido.

Y un año más de labor, de dolor, de lucha desesperada á brazo partido con la fatalidad que ahoga. Otra vez á sentir cómo faltan las fuerzas y la fe muere y los hijos se ausentan horrorizados á buscar allá lejos, en la ciudad corruptora, el hambre, la prostitución, acaso el delito. Y otra vez á sentirse más solo que nunca, más débil, más moribundo, hasta arrojar el azadón sobre la tierra ingrata, y ver como por la vereda que da á la ermita pasa un cortejo y otro y otro. Es el amigo, es el vecino, tal vez el hermano, á quien con la mano se saluda y se grita con lágrimas bajo los párpados y ahoga-

dos sollozos en la garganta, diciéndole con voz tan baja que él solo podrá escuchar desde lo infinito:

—¡Adiós; espérame que ya pronto dormiré junto á tí!

¡Ah, temblemos ante la ola de frío y sobre todo, ante ese frío que parece que ya nos hiela y desgaja de nuestro corazón todas las flores. Es el egoísmo miserable y tardío que no nos deja ver cómo hemos echado sobre el campo con nuestras ambiciones la nieve funesta de la infecundidad. Tal vez con nuestra palabra, con nuestra pluma, hubiéramos podido hacer esa desolación menos triste. ¡Ya que no podemos alejar esa ola de frío, arrojemos sobre los campos desolados y yermos una ola de amor!

BOHEMIOS

Con la primavera olorosa, con las alboradas de ráfagas tibias, en que ramas y céspedes y madrigueras parecen palpitar á un conjuro; con las tardes que todavía no son ardientes, pero sí tibias, en que la tierra parece encenderse al beso del sol que regresa con el nuevo solsticio, han vuelto á aparecer los gitanos. Al alzar la cabeza, después de haber dibujado en la arena una cifra que nos recuerda el pasado ó de meditar con los ojos cerrados en algo que nos anuncia el porvenir, nos hemos encontrado de pronto con una figura esbelta, cubierta de bizarro atavío, con una tez morena, en que han resplandecido dos ojos negros y enormes. Y entonces hemos mirado á la gitana con esa curiosidad que nunca se sacia y que no es sino la nostalgia del misterio, de lo nuevo y de lo imposible.

Entonces recordamos que hay razas errantes, vagabundas, malditas. Pueblos enteros

que llevan en sus frentes el estigma y que pagan en odio á la civilización lo que ésta les confiere en agravios. ¿Es verdad que existen esas tribus nómadas? ¿Es cierto que hoy, como en tiempo de Sesostris, existe entre ellas y nosotros un abismo de cada vez más hondo, abierto al derrumbarse el Oriente como el que nos separa del pueblo judío, ha sido socavado al desplomarse un Dios?

Esa mujer de piel atezada, de cabello mate cual fruto del endrino, de ojos que parecen carbunclos, que al llamear fulminan y acarician, imploran y sonrén, esa gitana de desarticuladas caderas de bayadera turca, rodeadas de lacios y chillones volantes ó abigarrada cintería, nos dice que ha vuelto á salir de sus cubiles la raza. En las noches serenas del último plenilunio han surcado los polvorientos caminos en caravanas mudas, en desfiles inacabables.

Sobre las secas enjalmas han cabalgado los ancianos de desmadejado ademán y los niños flácidos y cetrinos, pero ágiles y picarescos, como crías de duende. Acaso los hombres, serios, desmadejados, tristes, han implorado el descanso sobre aquella reata sin cascabelería. Pero la mujer ha venido á pie. Ella es el alma de la raza: cuando el *churumbel* desfallezca, ella sabrá posarle en

sus hombros; cuando ya desmaye el *chivato* y aún el mocetón de la tribu, le ayudará á subir sobre el pelado lomo de su montura, pero ella seguirá firme y recta, como la mujer bíblica, como la Dorotea de Gœthe, impenetrable, serena, incansable, perinsigne en su tenacidad, porque es el alma de un pueblo que no puede rendirse, ni desfallecer, ni morir, mientras subsista la protesta y el grito del vencido y el bramido del odio indostánico al sentir en su frente el chasquido de la centella occidental.

Al ver á esa mujer ante nosotros, hablando jerigonzas que nos prometen venturas ó fecundidades ó glorias ó supremos desfallecimientos, creemos ver en ella la presa fácil del primero que quiera apropiársela. ¡Qué error tan supino! Tended hacia ella los brazos y veréis como se disipa su ternura casta, cómo se yergue cual flor intangible, cómo se agazapa ó se vuelve como amenazada tigresa. Es la mujer fuerte de David, la que sabe que su culpa es siempre inseparable de la muerte. Arrojada de todas partes con desprecio, vilipendiada, hambrienta, maltratada, ofendida, en sus labios lleva siempre dejos de pétalo, y bajo su alféizar de desposada puede colgarse siempre el cendal.

Yo he visto siempre á esas mujeres con

respeto, porque tengo la devoción de lo humilde, el culto de lo mísero, el cariño á todo lo que, pisado sobre el fango, sabe elevarse otra vez como el junco. Y es más: las he mirado á veces con pasión porque amo lo ignorado, lo oculto, lo misterioso y secreto: el rumor que surge en las cumbres cuando se pone el día, la sombra que se eleva en las ruinas, como gigantesca y plegada clámide, la ola gigantesca que avanza y se retira sin dejarnos mirar la perla ó el monstruo que cobija en su seno. Y al mirar esos ojos negros que nunca se sabe si ríen ó lloran, veo en ellos, además del ensalmo que hay en toda pupila femenina, el enigma absoluto de una raza cuyo destino nadie sospecha, y que sabe llevar con orgullo sobre su frente la línea tremenda del dolor.

Hoy mismo se ha acercado hasta mí una gitana. Ha pretendido vaticinarme algo que no he escuchado, predecirme un futuro que no quiero ni me importa saber. Le he dado una moneda de cobre y nos hemos separado mirándonos los dos sorprendidos, como deben verse de frente dos enigmas, dos misterios, dos secretos indescifrables. Yo miraba á la triste bohemia como si leyera en sus ojos el destino entero de toda una raza; ella me miraba absorta á la frente

como si viera en ella algo como un fin malogrado, como una bella promesa incumplida, como una señal de misión gloriosa que, ¡ay!, ya no habrá jamás de cumplirse, pero que era de un Dios...

EL ESCOTE

¡Oh, las mujeres castas!—gritaba Juvenal ante el tocado cortesano.—Y Tibulo, más impresionable, más humano ó más pío, recreábase en tanto con las morbideces marfileas de los esculturales hombros de Lesbia.

Y es que la idealidad lo es todo... cuando encarna en lo real. Y la realidad es hermosa y espléndida é incomparable, cuando sabe velarse con las azuladas y vaporosas nebulosidades del ensueño.

La mujer escotada es eso. Es la castidad que se descubre ó la sensualidad que se vela. Es la pureza que muestra ruborosa, nueva María de Padilla, sus encantos, para ella misma desconocidos, ó es la lujuria que se acoge al sagrado de la continencia para respirar una vez el ambiente de la idealidad y circundarse de la rosada aureola del respeto.

El escote en la mujer, ¿es magnificencia? ¿Es liviandad? Escuchad á los místicos. To-

do estímulo del amor humano es censurable. La mujer es perdición, es pecado. Por ella sufrimos el vértigo insensato de la primera caída. Cuando se quiere representar la inmensa, irresistible sollicitación del demonio al anacoreta, se pinta á aquel, tomando la forma espasmódica de mujer lujuriosa de labios bermejos, mostrando sobre la zarza del páramo sus blancos, redondeados y tibios hombros.

Pero oid á todos los artistas. La mujer es glorificación, redención y sublimidad. El amor es la ley de la vida, fundamento de lo creado. Sobre la inflexibilidad del areópago está la nitidez de Friné. La desnudez es casta. Las flores no se visten, y en sus regios pistilos ostentan la majestad suprema de lo que, siendo realidad presente, hace gala de llevar en sí mismo la fecunda promesa de lo que será.

El hombro de la mujer es suave y la suavidad es caída. La subida es siempre áspera y penosa. ¡Error! El aereostato que se eleva á las nubes blandamente, tórnase desgarrado aerolito. Comparad la ascensión delicada del mártir con la caída brusca del Satán. El hombro de la mujer es rosado, y, como el misticismo es meditación de aniquilamiento, se asegura que á la pulcritud de la rosa es preferible la grave palidez de la da-

lia. ¡Engaño! La idealidad también halla inspirada sus tonos cálidos. Consultad con Murillo; buscad las esculturas policromas. La palidez es siempre cadavérica. Como es rojo el sol es roja la sangre, es rosada la aurora y la vida es siempre rosada.

Se nos recuerda la Maintenon. Aquel escote corrompió á la aristocracia francesa. Es cierto; pero otro escote, más terso, más cándido, redimió á Francia entera en la plaza de la Revolución, manchada con la sangre inocente de Carlota Corday.

La mujer es hermosa cuando ciñe su cuello con el tocado honesto ó vela sus perfectas y delicadas líneas con el tosco sayal. Es hermosa desnuda como la Venus mística, reflejando la luz que se quiebra en su torso en cambiantes amorosos y plácidos. Pero es aún más hermosa, más imponderable, cuando, descubriendo su busto, deja intacto el incentivo al deseo; cuando al par oculta y enseña, despierta y aplaca, estimula y contiene. La carne entonces halla en el incentivo su acicate. El espíritu, al saber lo que pierde, lo que vence, lo que desdeña, se hace más meritorio y sabe hallar en el alcázar mismo de Satán la obra incomparable de Dios.

Dejadnos contemplar el escote. Bajo una garganta, blanca como pétalo de azucena,

esmaltada acaso de pedrería, movida de seguro por un aliento perfumado, se dibuja el redondo seno, dejando adivinar el contorno ebúrneo de una cúpula de alabastro, en que resplandece un campanil de rosa. Pero todo aquello permanece en la indecisión, en la vaguedad, en la región codiciada de lo ignoto. Un encaje, una cinta de raso, marcan el Rubicón de aquella angustiada. Y entonces se comprende la grandeza de un César, y en las venas febriles se siente el ardor invencible de las nunca bien ponderadas legiones.

El cabello se prende en bucles sedosos, en destellos metálicos, en mates ondulaciones, que parece demandar ósculos; la mirada es ardiente, y tras las húmedas pupilas se ve la atracción vertiginosa del abismo azulado ó negro, según copia las montañas ó el mar. Pero sólo en los hombros desnudos se ve la majestuosa parábola que nos arrastra al infinito de la pasión: tan sólo allí, con la respiración anhelante que hace ondular encajes y joyas, se escucha el rumor de la Naturaleza, que entona sus himnos, y del amor, que bate sus alas.

Dejemos que la mujer luzca sus hombros, en ocasión delgados, finos, nerviosos, como de Ceres ateniense; otras veces plenos, henchidos, torneados como de una Venus

rotunda. Encendamos las lámparas y quememos incienso en los trípodes. El amor y la idealidad se han unido en inefable consorcio. Batamos palmas. Yo, entre tanto, alzaré mi copa y pediré á los dioses que, al fulgor de perfumadas antorchas, al compás de tiernos y meliosos cánticos, aparezcan en el festín escotadas, todas las mujeres, todas... menos la mía.

LA GRACIA DE DIOS

Encerrado con su primogénito en la biblioteca, fruncido el ceño, la barba apoyada en el puño, mi primo Teodoro ha comenzado á hablar de esta guisa:

—El derecho de petición se parece al del pataleo, en que á nadie es posible negarle. Pero, como todas las cosas humanas tiene un límite, ese límite hállase fijado por la Naturaleza misma: es la negación. Al elevar nuestras oraciones al Empíreo, nos es lícito demandar apoyo, consuelo, fortaleza, gracia y aun salud, riqueza y poder. Lo que no podemos pedir es el mal, porque el mal es una negación, y menos aquello que significa limitación ó anulación de nosotros mismos. Pedir á Dios la propia muerte sería tan absurdo como demandarle que el sol no alumbrara, que la materia se disolviera y todo regresara á la confusión informe del caos.

Luisito ha oído á su padre con la boca abierta. Después ha hecho un gesto que,

fielmente traducido, quería decir que se quedaba en ayunas.

—Así—ha seguido Teodoro—es un solemne disparate que los estudiantes pretendan aprobar el curso de real orden. Eso significa tanto como querer dejar de ser lo que se es. Renunciar un estudiante al estudio; exigir que se nos dé lo que nada vale sin el esfuerzo propio, es un absurdo. ¡Sí, señor, un absurdo!—ha gritado dando un puñetazo á las leyes de Toro.—¡Y eso ni á tí te cuadra ni yo jamás he de consentirlo!

Ha quedado Luisito pensativo un momento y, después, ha contestado con calma y cariñosamente:

—Mira papá: lo primero es no sulfurarse: Si yo me acordara, que no me acuerdo, de lo que dice San Agustín, verías que eso de pedir y obtener de gracia lo que debiera conseguirse por el esfuerzo propio, no lo hemos inventado los chicos del cuarto año del bachillerato. Al contrario, desde la creación acá, que ya ha habido algunos festejos, ese ha sido y no otro el medio seguro de conseguirlo todo. No se formó el mundo por la energía discrecional de los átomos, sino mediante una palabra mágica. No fué el trabajo sino la plegaria lo que hizo dilectísimo á Abel; los irracionales salvados en el arca debieron el no perecer en el Dilu-

vio, no precisamente á su esfuerzo, sino á la elección caprichosa del patriarca. De entonces á ahora, la ciencia fué siempre discernida á hombres humildes que no se matricularon en cosa alguna. Unas veces fué en una zarza ardiente, otras en un templo donde oyeron palabras proféticas; también recordarás el cenáculo y la voz que clamaba en desierto y el iluminismo de los ascetas y la paloma que vertió en los castos oídos de Teresa los más delicados conceptos del misticismo. De tal suerte...

—¡Majadero!—ha gruñido el padre escandalizado.—Todos esos seres que citas eran elegidos. Pero tú, ¿de dónde sacas que mereces gracia alguna especial? Atente á lo humano y déjate de canciones bíblicas, que en tus labios son otras tantas irreverencias.

—Bueno—ha dicho resignado el estudiante.—¿A tí quién te ha dado el destino que tienes?

—¿A mí? D. Antonio Cánovas del Castillo, de gloriosa memoria.

—Te equivocas: á tí te lo dió el monarca, por la gracia de Dios.

—Bueno, ¿y qué?

—¿Quién te ha concedido tu título de licenciado en ambos Derechos?

—¿El claustro de la Universidad.

—No, papá, no. Te lo ha dado el ministro de Fomento, de real orden.

—¿Y aunque así fuera?...

—Es que la teoría es siempre la misma. Toda aptitud, como su reconocimiento, viene siempre de arriba, y se concede siempre como merced. No basta que estudies, y sepas, y trabajes; es menester que el ministro lo diga, y si no lo dice, ya puedes echarte á morir con tu ciencia. Y si el ministro, de orden del soberano, que tiene la gracia de Dios, te declara apto y competente, ¿puedes ponerla en cuarentena?

—Claro es que no.

—Entonces, si de real orden se nos concede la aprobación del curso académico, ¿quién puede dudar que por este solo hecho todos los estudiantes seremos competentes y que la aprobación habrá sido justísima?

—*Il y a de la musique la dedans.* Me parece que juegas con el vocablo.

—No, papá, no. Ahora mismo se indulta á una porción de criminales. Todos ellos quedan redimidos de culpa. No hay que decir ya que son malos; han cumplido, y en paz. La sociedad debe abrirles sus brazos amorosísimos. Tú has heredado fincas; la ley te protege y nadie discute tu título de dominio. Mi primo es soldado y no ha estado en

la guerra; pero en su hoja de servicios dice: *valor, se le supone*. ¿Por dónde vas tú á negar eficacia á las decisiones del poder? Me parece que has leído demasiado á Reclus...

—¡Niño!

—O á Kropotkine. Aquí, no lo dudes. todo viene de arriba. ¿Eres general? Pues conoces la táctica. ¿Eres médico titulado? Pues sabes curar, aunque se mueran todos tus enfermos. ¿Tienes un premio del Conservatorio? Ya puedes aporrear á mansalva los oídos del género humano. El título lo es todo, para la guerra y para la paz, para poseer y para adquirir, en las aulas y en los presidios. Y el título, ¿qué quieres que yo le haga? Se da de real orden.

—¿De modo?...

—De modo que nosotros queremos que, por gracia—y no vuelvas á discutirme la gracia—se nos apruebe á todos. De real orden te lo comunico para tu conocimiento y satisfacción.

—¿Y si luego no sabéis de vuestros estudios una palabra?

—¿No hemos de saber? ¿Por qué crees que fué invulnerable Aquiles? ¿Por su desnudo? ¿Por su vigor? No, sino por haber sido sumergido en una graciosa Estigia. Donde no le llegó la gracia, allí le dejó Héctor reprobado. ¿Por qué fué invencible

Alejandro? Porque lo quiso así la Sibila. En cuanto llegó á faltarle su apoyo, allí perdió el curso. Sócrates mismo tuvo un demonio familiar. Tú hazme á mí de real orden ingeniero, abogado ó contratista de consumos y verás si yo tengo gracia y si sé ganarme el dinero.

—Jamás pediré tal favor.

—Tendrás que pedir otros. El favor, querido papá, lo es todo. Ahora mismo escribías...

—¡Callal

—A tu amigo el senador...

—¡Siencio!

—Para que influya...

—¡Vete de mi presencia!

Luisito ha salido cariacontecido, y su papá, después de meditar un rato, ha dicho para su terno de vicuña:

—Yo no sé si el niño tiene la gracia de Dios. Pero lo que es como gracia... ¡Vaya si la tienen!